

RESUMEN PARA REPOSITORIO UCV

Título de la tesis: Aportaciones de la antropología de Karol Wojtyla para una psicología personalista.

Autor: Jesús Ibáñez Pérez

Director: Joaquín García Alandete

Justificación

Desde que la psicología se emancipó de la filosofía, hace ya algo más de 140 años, ésta ha experimentado, con sus métodos y desarrollos, un avance considerable. No obstante, tal avance podría haber sido mucho más fructífero y acertado si no se hubiera rechazado de modo tan radical la filosofía.

La escisión entre la psicología y la filosofía ha supuesto un empobrecimiento para la psicología, con el agravante de tratarse de una ingenua ilusión de independencia, pues, en realidad, la psicología no puede obviar los principios y fundamentos antropológicos y epistemológicos que ofrece la filosofía, y sólo ella.

Todos los modelos teóricos en psicología asumen unos presupuestos filosóficos y antropológicos, pero dado que la psicología no quiere –o no puede– hablar de filosofía, estos presupuestos no se revisan adecuadamente y esto supone un gran empobrecimiento de la psicología: sus cimientos filosófico-antropológicos son inciertos, desconocidos e inadvertidos para muchos psicólogos, no suelen cuestionarse, analizarse, criticarse y, por lo tanto, suelen quedar excluidos del debate científico, lastrando el avance y alcance de la psicología.

La ausencia de una sólida y rigurosa antropología de base que sustente el desarrollo de la psicología como ciencia es un hecho que, además, fomenta la dispersión del conocimiento generado e imposibilita la integración de los avances producidos en el ámbito académico. Actualmente, sus cimientos filosóficos-antropológicos no son fiables, presentan errores importantes y no se ajustan a la compleja y completa realidad de la naturaleza humana.

Una dificultad añadida es que no existe *una* psicología, sino muchas psicologías distintas, diversos modelos teóricos que han tenido su propio desarrollo particular y asumen presupuestos antropológicos diferentes, esto es, parten de diferentes formas de entender la naturaleza humana y asumen variadas propuestas teóricas, tanto en el ámbito básico

como aplicado, con las que intentan explicar fenómenos similares desde perspectivas muy dispares. Estas diferentes propuestas y modelos, en muchos casos, parecen ser incompatibles entre sí, poniendo de manifiesto la ausencia de criterios sólidos comunes que conduzcan a una integración y un desarrollo coherentes, lo cual, afecta negativamente a la credibilidad de la psicología como ciencia.

Ante tal situación, consideramos preciso proponer una antropología adecuada que permita sustentar e integrar el conocimiento generado por la psicología y así promover un desarrollo más fructífero, riguroso y ajustado a la verdad sobre la naturaleza humana.

Consideramos que un autor que ofrece elementos sustanciales para lograr tal cometido es el filósofo polaco Karol Wojtyła, cuya doctrina antropológica ha inspirado la reflexión sobre la acción humana en los ámbitos de la educación, la afectividad, el matrimonio, las relaciones entre fe y cultura, la ética, el trabajo y su conciliación con la familia, entre otros.

Por su propuesta antropológica original y potente en la que realiza aportaciones perennes para la adecuada comprensión de la persona y proporciona una visión integral de la persona humana. Por conseguir una síntesis magistral entre lo que implica realizar un estudio objetivo del ser humano que tiene alcance ontológico y un estudio de su experiencia subjetiva y consciente, es decir de aquello que convierte a cada persona en un ser singular e irrepetible. Por el manejo que hace de categorías muy próximas a los núcleos temáticos de la psicología: (1) realiza un análisis minucioso del papel de la consciencia en el dinamismo de la persona; (2) describe la dimensión afectiva de la persona llegando a definir y distinguir realidades tales como la emoción, el sentimiento o la conmoción; (3) afronta el problema de la libertad como capacidad de autodeterminación; (4) esboza una teoría de la autorrealización o el perfeccionamiento de la persona; (5) desarrolla los elementos clave para el desarrollo de la persona en las relaciones sociales; y (6) se preocupa por definir y diferenciar conceptos como los de conducta, comportamiento y acción, que son elementales para la psicología. Así como por el hecho de que tal propuesta antropológica nace de su propia experiencia pastoral, es decir, de las inquietudes de muchos jóvenes que acudían a él con problemas diversos. Se trata, pues, de un estudio sobre la persona que pretende asentar ciertos fundamentos antropológicos con el objetivo de ayudar adecuadamente a las personas que se encuentran desorientadas o desanimadas. Por todo ello, parece una antropología muy propicia para ser puesta en diálogo con la psicología.

Objetivos y método

El objetivo general de la presente Tesis Doctoral consiste en proponer los elementos básicos que habrían de caracterizar una psicología de orientación personalista, a partir de las categorías antropológicas de Wojtyla desarrolladas, fundamentalmente, en *Persona y Acción* (Wojtyla, 2011) y *Mi Visión del Hombre* (Wojtyla, 2010), si bien también se hace uso de elementos expuestos en *Amor y Responsabilidad* (Wojtyla, 2013) y *El Hombre y su Destino* (Wojtyla, 2005). Este objetivo general se concreta en los siguientes objetivos específicos: (1) analizar críticamente los fundamentos antropológicos de los principales modelos teóricos que ha habido en Psicología, destacando sus limitaciones; (2) revisar los elementos clave de la antropología personalista de Wojtyla que contribuyan a la fundamentación de una psicología personalista; y (3) analizar algunos problemas a los que se enfrenta la psicología contemporánea a la luz de la antropología de Wojtyla para promover algunas líneas de desarrollo de una psicología personalista.

Para desarrollar tales objetivos, el presente trabajo se estructura mediante los siguientes capítulos: un primer capítulo en el que se fundamenta la inevitable relación que existe entre la psicología y la antropología filosófica, se analiza la visión del hombre que caracteriza a las principales orientaciones psicológicas, enfatizando sus limitaciones y se propone la importancia de desarrollar un modelo basado en la antropología personalista que permita suplir las anteriores limitaciones; un segundo capítulo en el que se justifica el uso de la expresión “psicología personalista” mediante una aproximación a la antropología personalista y a algunas de las aportaciones que se han realizado hasta el momento que pueden ser consideradas precursoras de una psicología personalista; un tercer capítulo en el que se expone la antropología de Karol Wojtyla, atendiendo someramente a ciertos aspectos biográficos y a otros relativos a su itinerario intelectual para permitir una adecuada comprensión de su propuesta; un cuarto capítulo en el que se ponen en diálogo las claves de la antropología personalista de Wojtyla con algunos de los temas nucleares que afectan a la psicología, a saber, la noción de conducta/comportamiento, el debate sobre los criterios para diferenciar el comportamiento normal del anormal o patológico, el desarrollo y la composición de la personalidad, el problema de la felicidad y el bienestar como aspiraciones máximas del hombre, así como el tema de la realización del hombre en las relaciones interpersonales y sociales, todo ello, destacando las aportaciones que realiza la antropología de Wojtyla

para superar ciertos problemas que presenta la psicología en dichos temas; por último, se presentan las conclusiones derivadas del análisis realizado.

Conclusiones

La antropología wojtyliana

A riesgo de incurrir en una objetivación excesiva y simplona de la persona, pero con el requerimiento de sintetizar el análisis realizado en el presente apartado, podemos destacar que, según Wojtyla, cada persona es un ser único e irrepetible caracterizado por (1) las propiedades de consciencia, moralidad, dinamismo, voluntad, libertad, trascendencia, integración y participación; (2) las estructuras de autodeterminación y autoteleología; y (3) la vocación inserta en su naturaleza a relacionarse con sus semejantes con una actitud basada en el amor-donación. Todas estas realidades están profundamente interrelacionadas, de modo que se influyen y afectan mutuamente.

La persona es un ser diferenciado sexualmente, inacabado, en constante cambio y que tiene como finalidad su propio perfeccionamiento, es decir, ser persona de la forma más completa y perfecta, desarrollando e integrando todas sus propiedades de forma armónica. Todas las dimensiones que integra la persona son importantes y necesarias para su desarrollo, pero existe cierto orden jerárquico, siendo la dimensión espiritual-trascendente la que «contiene» lo más propio de la persona y, por lo tanto, la más importante para la realización de la persona como persona. La perfección a la que ha de tender la persona y que le conduce a su felicidad y plenitud es la perfección moral. Una perfección que, al ser de índole espiritual, no siempre tiene por qué traducirse en sentimientos placenteros, propios de la esfera emotiva.

La persona, a través de sus acciones –buenas o malas–, se va haciendo buena o mala. Las dificultades que toda persona experimenta para realizarse como persona se explican, en cierta medida, por la tendencia de algunos dinamismos internos a la desintegración, y que, por lo tanto, solicitan ser adecuadamente poseídos y gobernados por la persona mediante su propia voluntad. Este hecho hace que la persona que busca su perfeccionamiento viva una tensión interna que se prolonga a lo largo de toda su vida y se encuentre inmersa en una tarea que nunca puede darse por concluida. Los bienes a los que debe dirigirse son bienes objetivos, que dependen de una verdad que está inscrita en la naturaleza de la persona y que emergen en la consciencia cuando ésta está rectamente formada.

La consciencia no existe por sí misma, sino que es una propiedad de la persona. La consciencia no puede crear bienes ni realidades, sino que su función es reflejar lo que es conocido y permitir reflexionar sobre ello, incluyendo la capacidad de reflejar y reflexionar sobre uno mismo. Esto permite que los bienes, aunque sean objetivos, tengan también su correlato subjetivo. Entre los bienes, el bien mayor es el amor. Amor entendido como comunión entre personas, que implica la adhesión libre a un bien objetivo para la otra persona y para la humanidad, aunque suponga realizar renunciaciones voluntarias hacia uno mismo. A través de la participación, la persona puede realizarse en la acción junto a los otros, permitiendo a su vez la realización de las demás personas. Tarea por otro lado indispensable, que revela la naturaleza social y comunitaria de la persona, la cual está llamada a actuar, sin perder el valor personalista de la acción, en cooperación y en coexistencia, buscando el bien común, el bien del conjunto y, a la vez, el bien de cada persona, de cada «tú», construyendo así el «nosotros» en cada comunidad de la que se es miembro y, en definitiva, de la familia humana representada por el sistema «prójimo».

La psicología a la luz de la antropología wojtyliana

Del diálogo realizado entre la antropología wojtyliana y la psicología hemos extraído importantes conclusiones, entre las que destacamos las siguientes:

1. El comportamiento humano es cualitativamente diferente al comportamiento animal, dado que, en las personas, la acción, es decir, la actividad consciente y voluntaria, es anterior al comportamiento y lo fundamenta, entendiendo el comportamiento como una manifestación externa de la acción –interna–. Para una adecuada comprensión del comportamiento se exige considerar la integración y la trascendencia. Todos los elementos que influyen en el comportamiento, tanto externos como internos, se integran en orden a los dinamismos superiores. La persona se autoafirma y se autodetermina, juzga como verdaderos y buenos ciertos valores que lo proyectan hacia el futuro, hacia un ideal sobre quién-quiero-ser, y dirige su acción hacia este ideal. El comportamiento humano ha de comprenderse desde una perspectiva teleológica y ligado a su esencial eticidad.
2. Es propio y normal en la persona vivir con una tensión autoperfectiva en sentido ético, una tensión entre quién-soy y quién-quiero-ser. Por el contrario, la ausencia de tensión autoperfectiva, así como la ausencia de orden entre los

dinamismos es criterio de anormalidad. Esto es lo que Wojtyla (2011) denomina desintegración, es decir, insuficiencia de la estructura de autodeterminación –autoposesión y autodominio–. La desintegración puede manifestarse mediante (1) la emocionalización de la consciencia, fenómeno que impide o limita el acceso a la realidad y que puede, a su vez, dificultar la toma de consciencia respecto a su propia desintegración. Otras manifestaciones de la desintegración que se pueden deducir del análisis realizado en el presente estudio son las siguientes: (2) la insuficiencia de la capacidad de autogobierno y autodominio; (3) la preeminencia manifiesta de los dinamismos inferiores sobre los dinamismos superiores de la persona; (4) las actitudes contrarias a la verdad y el bien o las actitudes inauténticas; (5) la no asunción de las responsabilidades personales; y (6) el establecimiento de relaciones interpersonales basadas en el uso del otro para beneficio propio. Tales fenómenos podrían situarse en el plano de los fundamentos de la psicopatología.

3. La integración es una propiedad de la persona y, a su vez, una tarea. La naturaleza humana impele a la persona a asumir la responsabilidad de su propia integración y autodeterminación en relación a unos valores. La integración se revela como una clave que debe ser considerada en el ámbito de los fundamentos de la psicoterapia. Desde esta perspectiva, algunos objetivos psicoterapéuticos comúnmente planteados, tales como, gestionar pensamientos, regular emociones o inhibir conductas, han de ser interpretados en clave de integración ya que, el proceso de integrar contiene los anteriores, pero, además, los supera pues implica una gestión, una regulación o una inhibición en orden a promover una armonía de los distintos dinamismos dando preeminencia a ciertos valores superiores a los que nos dirigimos como horizonte axiológico.
4. La desintegración puede encontrar entre sus causas factores ajenos a la voluntad personal –p. ej., una enfermedad neurodegenerativa–, pero también factores dependientes de la misma –p. ej., huir de responsabilidades, asumir actitudes inauténticas, etc.–. Este hecho indica, por una parte, la importancia de no victimizar sistemáticamente a las personas que manifiestan sintomatología psicopatológica, y por otra, la exigencia de considerar las posibles responsabilidades del propio paciente en el mantenimiento de su

estado de desintegración. Una excesiva victimización podría dificultar su capacidad de autodeterminación, mientras que animarle a asumir su responsabilidad podría contribuir a la misma.

5. La personalidad, como modo característico de ser y obrar de cada persona, no se puede explicar suficientemente a través de factores relacionados con la herencia y el ambiente, aunque éstos sean factores evidentemente influyentes. Es necesario considerar también factores personales relacionados con la estructura de autodeterminación y teleológica. El desarrollo de la personalidad está condicionado por el horizonte axiológico al que se dirige la persona o ese *yo-ideal* hacia el que proyecta su vida.
6. Las teorías de los rasgos que predominan actualmente en el estudio de la personalidad, si bien delimitan muy eficazmente algunos elementos influyentes en el modo de ser y obrar de las personas, tienden a situarse en un plano superficial en relación con el dinamismo autoperfectivo propio de las personas, determinante para la comprensión íntegra de las mismas. Sería necesario incluir y desarrollar la cuestión de la personalidad moral, núcleo esencial de la personalidad humana, así como sus implicaciones para la psicología. Convendría, a tales efectos, considerar la obra de autores relevantes en el estudio de la moralidad, fundamentalmente desde una ética de las virtudes o eudaimónica, tanto clásicos, Aristóteles (2019) y Santo Tomás de Aquino (2011), como contemporáneos, como MacIntyre (2001), por ser la perspectiva que adopta el propio Wojtyła (2014). El análisis de la experiencia subjetiva realizado por Wojtyła puede permitir la integración del conocimiento objetivo y los aspectos subjetivos de la moral.
7. Es característico de la persona un deseo de plenitud que se realiza mediante un camino de perfeccionamiento en el amor. Este camino es diferente al que proponen la psicología humanista –la autorrealización (Maslow, 2016)– o la PsPs –la búsqueda del bienestar (Seligman, 2011, 2017)–, fundamentalmente porque se trata de un perfeccionamiento moral –que no hay que confundir con un perfeccionismo de ningún tipo, ni con la pérdida de espontaneidad o autenticidad–. Según la antropología wojtyliana, cualquier tarea de perfeccionamiento parcial –física, intelectual, emocional, etc.– estará supeditada a –moderada por– la perfección en el amor. La felicidad no es un estado que pueda lograrse intencionadamente, sino que es, más bien,

consecuencia de la realización de esta tarea de perfeccionamiento moral, tarea que, por otra parte, se prolonga toda la vida.

8. El perfeccionamiento moral exige descubrir y realizar la norma personalista inscrita en el interior de la persona, se concreta de un modo particular en cada persona, e implica la captación del valor personal de cada cual y el dejarse atraer por dicho valor, respondiendo mediante la afectividad y la voluntad al mismo. Se trata, también, de una tarea para la que es indispensable la presencia y ayuda de otras personas, pues no se puede realizar aisladamente, e implica integrar y ordenar todos los dinamismos de la persona dando preeminencia a la trascendencia, por lo que implica la búsqueda y realización del verdadero bien tanto para uno mismo como para los demás. La vía para lograr el perfeccionamiento moral es la ascética, entendida como exigencia de elegir lo verdaderamente bueno y rechazar lo verdaderamente malo, o aprender a dejarse absorber por los valores espirituales y moderar la atracción hacia los valores inferiores.
9. La persona posee la propiedad de la participación, la cual le permite actuar en relación a otras personas sin perder el valor personalista de su acción y dirigiéndose a su vez hacia el bien común. De esta propiedad surge una norma que ha de regir las relaciones interpersonales y sociales, que tendrá que situarse en el fundamento de cualquier comunidad –educativa, laboral, comercial, etc.–, para permitir la realización y perfeccionamiento de todas y cada una de las personas y grupos y, en última instancia, de toda la humanidad □ pues no se trata del bien común del grupo de pertenencia directa, sino con vocación universalista, que sería la única propia de un ser realmente participativo□. Las actitudes de solidaridad y oposición se revelan esenciales en el ámbito de la psicología individual y de los grupos. Las actitudes de evasión y conformismo pueden ser útiles en el campo de la psicopatología, revalorizando el concepto de alienación para la correcta comprensión del estado de las personas que no realizan y actualizan la propiedad de participación.

En síntesis, Wojtyla proporciona una antropología de alcance ontológico y que considera la subjetividad e interioridad personal mostrando, a través de evidencias de tipo fenomenológico-experienciales, la existencia de diversas estructuras y propiedades objetivas en la persona. Esta antropología permite revisar críticamente e integrar aportaciones realizadas desde la psicología que, si bien podían intuirse como verdaderas,

han carecido de unos fundamentos objetivos suficientes y adecuados que permitiesen justificarlas y ordenarlas coherentemente en una teoría sistemática de la persona.